

rida salud, respirando el aire malsano de la noche? ¿no me habéis prometido cien veces no aguardarme más en ese maldito salón?

— Sí, lo he jurado, Rosa, y comienzo por cumplirte mi palabra. Desde las once estoy de este lado de los vidrios; si hubieses venido á esa hora, me encontrarías allí.

— ¡ Á las once ! Pero bien veis, monseñor, que á las once había apenas concluido el baile.

— Sí, lo sé; pero á las once un día y algunas veces dos, que aguardo. Así que, á las doce y media pongo la mano sobre la falleba, á medianoche abro la ventana, y ¿ qué queréis? me impaciento y te acuso hasta que oigo el rodar de tu carruaje.

— ¿ Y entonces? preguntó sonriendo la joven.

— Y entonces, ya no te acuso; pero sigo impaciente hasta que te veo aparecer á la puerta del jardín inglés.

— ¿ Y entonces? repitió ella con una sencilla coquetería.

— Y entonces corro á la puerta de la escalera secreta.

— ¿ Y entonces? insistió.

— ¡ Y entonces, escucho el ruido de tus pasos que resuena hasta en el fondo de mi corazón, abro la puerta, abro los brazos !...

— ¿ Y entonces?

— ¡ Y entonces, soy tan feliz, Rosa, concluyó el príncipe con voz conmovida, dulce como la de un niño enfermo, y entonces me parece que soy tan feliz, que voy á morir de felicidad !

— ¡ Hermoso príncipe mío ! dijo la joven alegre y orgullosa de sentir el amor que inspiraba.

— Esta noche, dijo el duque, ya no te aguardaba.

— ¡ Entonces, me habéis creído muerta !

— ¡ Rosa !

— ¡ Ah ! ¡ ah ! monseñor, tendréis acaso la pretensión de amar á Rosa más que Rosa á vos, porque seáis un príncipe? ¡ Oh ! tanto peor, porque os prevengo que no os cederé el puesto.

— ¿ Entonces me amas mucho, Rosa? preguntó el joven llegando con esfuerzo, y por la primera vez, desde la entrada de la joven, al cabo de su respiración oprimida. ¡ Oh ! dime eso bastante cerca, para que pueda respirar tus palabras; ellas me darán aire y me harán provecho.

— ¡ Qué niño sois ! ¡ me preguntáis si os amo ! Se ve que vuestra policía es menos fina que la de vuestro augusto abuelo; de no ser así, no me hariais semejante pregunta.

— Rosa, no siempre se hacen esas preguntas porque se dude; se hacen porque se responda, sí, sí, sí.

— Pues bien, sí, sí, sí, os amo, mi hermoso duque. Me aguardáis, os impacientáis cuando tardo, dudáis cuando no vengo. ¿ Es que acaso creéis, monseñor, que podría pasar un solo día sin veros? ¿ No sois mi pensamiento único, mi sueño incesante, mi vida entera? ¿ No paso todas las horas de mis días, cuando estoy lejos de vos, en mirar vuestra dulce imagen, en adorar vuestro querido recuerdo? ¿ Cómo habéis podido pensar que no vendría esta noche?

— No lo he pensado, lo he temido.

— ¡ Picarón ! ¡ pues qué ! ¿ no tenía que daros gracias por vuestro precioso ramillete? no he pensado en todo el día más que en recibirle, y le respiraba antes de tenerle en las manos

— ¿ Y dónde está? preguntó el príncipe.

— ¿ Dónde está? ¡ linda pregunta ! respondió la joven sacándole todo marchito, pero todo perfumado aún de su pecho : héle aquí.

Y besó tiernamente aquel ramillete, que el príncipe le arrancó de las manos para besarlo á su vez.

— ¡ Oh ! ¡ mi ramillete, mi ramillete ! exclamó la joven. El príncipe se lo devolvió.

Y ella, mirándolo y sonriendo deliciosamente, dijo :

— Lo habéis cogido vos mismo, ¿ no es verdad ?

El príncipe quiso responder afirmativamente.

— ¡ Silencio ! callad, dijo Rosa, es vuestra manera de casar las flores, la he reconocido. Os veía desde allá bajo, de Viena, corriendo para encontrar esas hermosas violetas, en los invernaderos cercanos á la casa de fieras. Á medida que cogiais dos, las acostabais sobre un lecho de musgo, por temor de que el calor de vuestras manos les robase su frescura : y á propósito, me parece que vuestras manos están muy calientes.

— No, no, estad tranquila, nunca me he encontrado mejor.

— Lo habéis hecho así, ¿ decid ?

— Sí.

— Así que, mi muy amado duque, si supieseis con qué miradas las he devorado, de qué besos las he cubierto.

— ¡ Querida Rosa !

— Cuando muera, mi bello duque, quiero que pongáis sobre el cojín en que repose mi cabeza, dos gavillas de violetas ; entonces me parecerá que me miráis durante la eternidad con vuestros dos grandes ojos azules.

Así enlazados, jóvenes, bellos, amorosos, habladores, poéticos los dos niños (porque apenas la joven tenía algunos meses más que el joven), los dos niños eran encantadores á la vista. Al verlos, ciertamente se hubieran recordado las más suaves escenas de los poetas que han cantado el amor ; pero principalmente se hubiera pensado

en Julieta y Romeo. Hubiérase creído ver sus frentes iluminadas por las nubes rosadas del alba, y hubiérase preguntado si era el canto del ruiseñor ó el de la alondra, que se iba á oír en los jardines de Schœnbrunn.

La vista del amor hace crecer en una primavera eterna.

## CAPÍTULO VI.

### CELOS.

De repente se oscureció la frente del joven.

Sus ojos acababan de fijarse en el brazalet de diamantes rodeado al brazo de la joven, y del brazalet de diamantes habia pasado al saquito bordado, suspendido á la cintura de Rosa.

Lanzó el príncipe un débil grito, y llevó la mano al pecho, como si acabase de recibir un pinchazo en el corazón.

La joven redobló las ternezas y zalamerías ; pero la frente del príncipe permaneció pensativa.

Ella, sin embargo, continuaba sonriendo, aun cuando oyó aquel débil grito, aun cuando vió aquella frente nublada.

En fin, pareció resolverse á abordar la cuestión.

— Tenéis ahí, sobre esa hermosa frente, dijo la joven, pasando su dedo afilado sobre el punto que designaba ; tenéis ahí un pensamiento que me ocultáis, mi muy amado príncipe ; pero para mí está tan manifiesto sobre vuestra frente, como una mala hierba en un campo de rosas.

Respiró el duque penosamente.

— Veamos, continuó Rosa, ¿qué pensamiento es ese? confesádmelo, mi bello duque.

— Rosa, dijo el príncipe, ¡estoy celoso!

— ¡Celoso! dijo Rosa con una coquetería encantadora; pues bien, bajo mi palabra que no lo sospechaba.

— ¡Ah! bien lo veis.

— ¡Celoso! repitió Rosa.

— ¡Sí, celoso!

— ¿Y de quién, mi querido señor?

— Por lo pronto, estoy celoso de todo el mundo en general.

— Eso no es estar celoso de nadie.

— Pero de un hombre en particular.

— Entonces será de Dios, duque mío, porque después de él á nadie amo más que á vos.

— No, Rosa, es de una criatura humana.

— Entonces, será de vuestra sombra, monseñor.

— No os chancéis con mi dolor, Rosa.

— ¡Con vuestro dolor! ¿Vuestros celos llegan hasta el dolor? ¡Oh! en ese caso, hagámoslo cesar pronto. Veamos, ¿quién es esa persona?

— Esta noche estaba en el teatro.

— ¡Ah! es verdad; teniais un rival esta noche en el teatro, mi muy querido señor.

— ¿Convenis en ello?

— Y del que he recibido una declaración de amor en toda regla.

— ¿Y el nombre de ese rival, Rosa?

— Es el público, monseñor.

— ¡Oh! en cuanto á eso, dijo el príncipe con un pequeño movimiento de mal humor, sé muy bien, Rosa, que

toda la ciudad está enamorada de vos, pero escuchadme; quiero hablar de una persona que os miraba de cierta manera, con ojos tan apasionados, que en verdad, Rosa, hubiera tenido cierto placer en armar camorra con aquel impertinente personaje.

Sonrióse Rosa.

— Apuesto, dijo, á que queréis hablar del indiano, monseñor.

— Justamente, sí, quiero hablar de ese hombre que se estiraba insolentemente en su palco.

— Muy bien, muy bien, monseñor, continuad, os escuchó.

— ¡Oh! no te chancees, Rosa, porque estoy seriamente celoso de él. No ha separado los ojos de ti un solo instante, desde el momento en que te presentaste en la escena, mientras que durante la ópera parecía que no asistía al espectáculo más que para buscarte en todos los palcos.

— ¡Más que para buscarme á mí! ¿estáis bien seguro de ello?

— Y tú, malvada, por tu parte, cuando dejabas de mirarme era para volver los ojos hacia ese nabab. Así que, cuando has reaparecido, te arrojó un presente real, ese radjah de Lahore.

— Podéis juzgarlo, monseñor, dijo la joven levantando su puño á la altura de los ojos del príncipe.

— ¡Oh! he reconocido muy bien los diamantes, han venido á cegarme hasta en mi palco. Pobre ramillete de violetas, ¡qué ruin papel hacía cerca de ellos!

— ¿Dónde estaba el ramillete de violetas, monseñor? Sonrióse el duque á su vez.

— Donde están los diamantes.

— ¿Por qué no están los diamantes en tu casa?

— Porque no he querido separarlos de la bolsa que los acompañaba.

— ¿Por qué entonces, está esa bolsa á vuestro lado?

— Porque encierra una carta.

— ¿De ese hombre?

— Sí, monseñor, de ese hombre.

— ¿Ese hombre ha osado escribirte, Rosa? Veamos, no me hagas sufrir más tiempo. ¿Le has visto antes de esta noche? ¿le conoces? ¿te ama? ¿le amas?

Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de sufrimiento, que resonaron hasta en el fondo del corazón de la bella bailarina.

Tornóse su rostro serio, y dejando el tono de broma, dijo:

— Todo con vos es serio, Frantz, y tendria yo mal corazón si me riese más tiempo de la pena que esa sospecha ha podido causaros. Conozco, ó más bien, adivino, mi querido duque, todas las tristezas que pueden dar las sospechas menos fundadas; así es que quiero separarla de vuestro corazón lo más pronto posible. Sí, Frantz, ese hombre me ha mirado toda la noche. No tembléis así, aguardad á que haya concluído. No, Frantz, ese hombre no ha separado los ojos de mí; pero en la mirada de ese hombre, creedme, Frantz, una mujer no se hubiese equivocado ni un minuto; esa mirada no era la mirada apasionada del amor, sino la mirada humilde y suplicante de la amistad.

— Pero os ha escrito, os ha escrito, Rosa, me lo habéis dicho hace un momento, me lo habéis confesado vos misma.

— Sí, sin duda, me ha escrito.

— ¿Y habéis leído su carta?

— Dos veces primero, monseñor, y después otra.

— ¡Oh! ¿pues entonces qué haríais con una carta mía?

— Una carta vuestra, duque mío, no la leo una vez, ni dos, ni tres, la leo siempre.

— Perdóname, Rosa; pero el pensamiento de que un hombre ose escribirte, ese solo pensamiento me hace hervir la sangre.

— Antes que sepáis por qué me ha escrito ese hombre, pobre loco...

— Todo lo loco que quieras, Rosa, no digo que no; loco de amor: veamos, querida de mi corazón, no me hagas por más tiempo desgraciado; mira, tengo el pecho oprimido, como si no hubiera aire que respirar en esta habitación.

— ¿No os he dicho que tenía aquí su carta?

— Sí.

— Pues bien, si la he traído, es para dárosela á leer.

— Entonces, dámela.

Y el príncipe alargó la mano hacia el perfumado saquito.

Cogió la joven aquella mano, y la besó tiernamente.

— Sí, sin duda que voy á dárosela, dijo; pero una carta semejante no debe tomarse con una mano furiosa y celosa.

— Dime cómo debo cogerla; pero, por Dios, dámela, Rosa, si no quieres verme morir.

Pero Rosa, en vez de entregar la carta al príncipe, puso sucesivamente la mano sobre su corazón y sobre su frente, como hace un magnetizador respecto al sujeto que quiere magnetizar.

— ¡Cálmate, corazón ardiente, dijo; enfriate, frente inflamada! No es ya mi muy amado Frantz á quien me dirijo, es á Napoleón II, rey de Roma, á quien quiero hablar.

Levantóse el joven vivamente, ostentando toda la elevación de su talla, y preguntó :

— ¿Qué me decís, Rosa? ¿con qué nombre me llamáis?

Rosa permaneció de rodillas.

— Os llamo con el nombre que habéis recibido delante de los hombres y delante de Dios, señor, y de parte de uno de los más valientes generales de vuestro ilustre padre, entrego esta humilde súplica á V. M.

Y siempre de rodillas, sacando la joven del saquito perfumado la carta que contenía, la presentó al joven príncipe, que la cogió con vacilación.

— ¿Rosa, dijo, me aseguráis que puedo leer esta carta?

— No sólo podéis, señor, dijo la joven, sino que debéis.

Enjugó el duque con su pañuelo el sudor que corría por su frente pálida, y desdoblando la carta leyó en voz baja y temblorosa :

« Hermana mía... »

— ¡Hermana suya! ¿Es, pues, ese hombre vuestro hermano, Rosa?

— Leed, señor, insistió la joven, permaneciendo aún de rodillas, y siguiendo dando al príncipe su título real.

El príncipe volvió á emprender su lectura.

« Los indios, al dar á Lachme, diosa de la bondad, los colores suaves, las gracias inefables, les encantadoras seducciones de la belleza, han querido expresar que ninguna era buena sin ser bella, lo mismo que ninguna era bella sin ser buena.

» La belleza del rostro no es, según nuestros poetas, más que el reflejo natural de la bondad del alma; y hé aquí por qué, habiendo tenido la felicidad de contemplar las bellezas de vuestro semblante, he descubierto á través

de esa belleza, como á través de un limpio cristal, los tesoros de bondad de vuestro corazón. »

Interrumpió el duque su lectura; las pocas líneas que acababa de leer eran sólo un prelude galante que le dejaba aún indeciso respecto al sentido de la carta; miró pues á la joven como para pedirle una explicación.

— Continúad, dijo Rosa, os lo suplico.

El duque prosiguió :

« Tenemos [los dos, [hermana mía, por el mismo hombre, ó más bien, por el mismo niño, la misma ternura, el mismo amor, la misma adhesión.

» Esta comunidad de afección establece entre nosotros, por extraños que seamos en apariencia el uno para el otro, una estrecha y santa fraternidad, cuyos privilegios reclamamos humildemente.

» Uno de esos privilegios, hermana mía, [el primero, el más precioso de todos, es ir á conversar de él con vos, lo más frecuente y el más tiempo que pueda; es hablaros en esas entrevistas que reclamo, en nombre de lo más sagrado que hay en el mundo (una convicción y una adhesión), de su salud que me asusta, de su porvenir que temo, de su presente que me despedaza el corazón.

» Es buscar con vos una salida á esa vida, que la fatalidad parece haber minado; es esforzarnos juntos para hacerlo todo, no sólo para su dicha, sino también para su gloria.

» Éste, desde que su padre ha muerto, es mi secreto pensamiento, mi único objeto, mi esperanza suprema. Para llegar á realizarlo he atravesado los mares y la mitad del mundo, y atravesaría la otra mitad, á riesgo de dejar

veinte veces mi vida en el camino que tuviese que recorrer antes de llegar hasta él.

» Comprenderéis que he venido para un gran designio. Á cuatro mil leguas de aquí, cuando nada tenía que desear para mí, había soñado para él cambiarle el hombre de Frantz en el de Napoleón. Dejadme, pues, esperar, hermana mía, que ayudado por vos, ponga sobre la frente del hijo la corona del padre.

» Tengo la firme, la inmutable voluntad, y si no se necesita para colocarle sobre el trono de Francia más que los brazos de un millón de hombres, sé el medio de encontrarlos.

» Un hombre que ha seguido á su padre á su doble destierro; á la isla de Elba primero, á Santa Elena después; un hombre que acaba de hablarle de su padre, de parte de su padre; un hombre cuyo nombre puede haber llegado hasta él, á pesar de la prisión en que le tienen; un hombre cuyo nombre es el símbolo de la fidelidad y de la abnegación, Gaetano Sarranti, mi compañero, mi amigo, el que está aquí á mi derecha conoce todos mis proyectos.

» Á él le encargo que instruya de ellos al príncipe; él hará lo que yo no puedo hacer, con gran pesar mío, porque se espían todos mis pasos.

» Obtened para él una entrevista, y que sea sin testigos, nocturna y secreta.

» Comprended bien que se trata, no de nuestras cabezas, que eso nada importaría, y nosotros no haríamos más que cumplir con nuestro deber, exponiéndolas en ese juego terrible de las conspiraciones, sino del porvenir del rey de Roma, de la fortuna de Napoleón II.

» No venimos á deciros: encontrad un medio de introducirnos cerca del príncipe, porque ese medio le tenemos.

Venimos á deciros, que hagáis que el príncipe consienta en recibir á Mr. Sarranti, y mañana á la misma hora en que el príncipe lea hoy esta carta, estará Sarranti cerca de él.

» Pedid al príncipe permiso para que yo le vea mañana, y que me dé su respuesta, y si se me concede ese permiso, después de haber separado las cortinas de la tercera ventana del ala derecha del castillo, que mira á Meidling, y levantado y bajado tres veces una bujía delante de aquella ventana, no necesita otro aviso.

» Esperando esa respuesta, á la que damos más importancia que un condenado á muerte á la noticia de su perdón, os doy gracias, hermana mía, y os abraza fraternalmente

» *El general conde LEBASTARD DE PREMONT.* »

« P. S. Una recomendación suprema, hermana mía: el príncipe sabe de qué vigilancia invisible tal vez, pero de seguro real, está rodeado. Nunca le recomendaréis demasiado la mayor circunspección. No necesita fiarse de nadie en el mundo, más que de nosotros y de vos: que no se fie, pues, de nadie, ni aun de ese jardinero, de que creéis estar seguros, y que os introduce todas las noches cerca de él. »

Levantó el duque de Reichstadt la cabeza.

Eso era todo.

Por lo demás, la voz del joven príncipe, á medida que avanzaba hacia el fin de la carta, había tomado una entonación que indicaba hasta qué punto le impresionaba aquella lectura; pero al llegar á la firma no pudo contener un grito. Aquel nombre de Lebastard de Premont se había

pronunciado veinte veces delante de él, como el de uno de los más bravos generales del período napoleónico.

En cuanto á la joven, permaneció de rodillas con las manos juntas delante del príncipe, durante toda la lectura de la carta, y sentía correr sobre sus mejillas dos lágrimas silenciosas, producidas por el tierno pensamiento de aquellos dos hombres, corazones firmes y adictos que venían del fondo de las Indias para tener una entrevista con el hijo de su antiguo señor, olvidando las medidas inquisitoriales que habían tomado los hombres de la coalición, la policía arbitraria, sembrada bajo todas formas en Europa, y particularmente en aquella época, la severidad inflexible de que usaba el gobierno austriaco para con todo hombre que se hubiese acercado al emperador Napoleón.

Estremecióse la joven á pesar suyo al pensar que aquel hombre á quien acababa de ver libre, rico, brillando en su palco como una divinidad india en su santuario, podía, á causa de aquella carta que le había arrojado á la vista de dos mil personas, ser preso y conducido á un negro calabozo de Spielberg.

Y lo que sobre todo conmovía á la joven de corazón puro, ardiente y generoso, era la confianza que aquellos dos hombres habían puesto en ella, pobre paria de la sociedad, pobre bailarina de teatro.

Así que, juraba por la bajo corresponder á aquella confianza, secundando con todo su poder los designios de aquellos dos hombres.

FIN DEL TOMO TERCERO.

## ÍNDICE.

Pág.

### CONTINUACIÓN DEL LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO X. — La noche del 19 de Agosto de 1820 . . . . .	5
CAP. XI. — Fin de la confesión. . . . .	16

### LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Volvamos á Justino. . . . .	25
CAP. II. — La visita domiciliaria . . . . .	34
CAP. III. — Los pasos. . . . .	46
CAP. IV. — Los Valgeneuse. . . . .	58
CAP. V. — Donde se ruega al lector que no salte ni una sola línea . . . . .	67
CAP. VI. — Los cofrades enemigos. . . . .	77
CAP. VII. — Donde Ludovico toma sobre sí la responsabilidad. . . . .	88
CAP. VIII. — El hombre de la nariz fingida . . . . .	100
CAP. IX. — El Van-Dick de la calle del Oeste . . . . .	112
CAP. X. — Historia antigua, siempre nueva . . . . .	124

### LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO. — La princesa Carita. (Cuento de hadas.)	133
CAP. II. — Continuación de la hada Carita . . . . .	143
CAP. III. — Revista de familia . . . . .	154
CAP. IV. — El general conde Herbel de Courtenay. . . . .	164
CAP. V. — Conversación de una devota con un volteriano. . . . .	174

	Pág.
CAP. VI. — Conversación entre un tío y un sobrino . . .	184
CAP. VII. — Donde el tío y el sobrino continúan en el comedor la conversación del salón. . . . .	196
CAP. VIII. — Durante el café . . . . .	209
CAP. IX. — Donde se trata largamente de las virtudes de la señora marquesa Yolanda Pentaltais de la Tournelle. . . .	218
CAP. X. — Donde se habla por extenso de las virtudes del coronel, conde Federico Rappt . . . . .	226
CAP. XI. — Una visita á la calle Triperet. . . . .	236
CAP. XII. — Donde se prueba que en casa de los artistas todas las cosas redundan en provecho del arte . . . . .	243
CAP. XIII. — El retrato de Mr. Rappt. . . . .	232

## LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO PRIMERO. — Representación á beneficio de la señorita Rosa Engel, primera bailarina del teatro de la Puerta-Carinthia en Viena . . . . .	266
CAP. II. — Espectáculo indio . . . . .	275
CAP. III. — Lo que contenía el nizzer del general indio . . .	285
CAP. IV. — Historia de un niño. . . . .	292
CAP. V. — Julieta en casa de Romeo . . . . .	303
CAP. VI. — Celos . . . . .	313

FIN DEL ÍNDICE.





